

DOSSIER:
“MÚSICA, ARTE Y LITURGIA EN LAS MISIONES JESUÍTICAS DE LAS
AMÉRICAS”

Johannes Meier *

Johannes Gutenberg Universität Mainz, Alemania

Rodrigo Moreno Jeria **

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

Presentación

Johannes Meier

Este dossier de la revista *Intus Legere Historia*, tiene su origen en un simposio que Rodrigo Moreno y yo pudimos organizar conjuntamente en el 54º Congreso Internacional de Americanistas en Viena (2012). El lema de este gran encuentro científico en la tradicional capital de Austria fue: “Construyendo diálogos en las Américas”.

El diálogo significa mediación entre personas o grupos inicialmente ajenos entre sí, entre pueblos o culturas. Significa “traducción” en el doble sentido de la palabra, significa construcción de puentes. Las cuestiones del diálogo han sido y siguen siendo familiares para Rodrigo y para mí, gracias a nuestras investigaciones sobre las misiones jesuíticas del período barroco en Hispano- y Lusoamérica. Por ello propusimos a los organizadores del congreso ofrecer un simposio con el siguiente tema:

“Música, arte y liturgia en las misiones jesuíticas de las Américas. El potencial creativo de la interculturalidad (1549–1771)”. Pudimos llevarlo a cabo el jueves 19 de julio de 2012 en la Sala Marietta-Blau del edificio principal de la Universidad de Viena.

Una característica de las misiones jesuíticas es que no se basaban únicamente en la palabra, en la enseñanza o en la teología. Más bien, los jesuitas también apelaban a los sentidos de las personas. Se valían igualmente de las artes y actuaban como arquitectos, escultores y pintores, como compositores y constructores de instrumentos¹. La liturgia

* E-mail: jmeier@uni-mainz.de

** E-mail: rodrigo.moreno@uai.cl

¹ Un buen ejemplo lo observamos en los trabajos sobre esculturas jesuitas en Paraguay donde la destacada investigadora Corinna Gramatke ha realizado aportes importantes. En el proyecto de investigación «Las esculturas policromadas de madera de las reducciones jesuíticas en Paracuaria, 1609–1767. Estudio desde

de la Iglesia, la celebración de los acontecimientos salvíficos del cristianismo y las costumbres festivas tradicionales o los ritos de la población indígena, procuraban acercarlos y relacionarlos siempre que parecía posible. Por ello estudiaban las lenguas desconocidas del antiguo América, elaboraban diccionarios y gramáticas, se interesaban por las condiciones de vida de los nativos, lo que dio lugar a descripciones etnográficas, mapas topográficos y obras enciclopédicas sobre la botánica y la zoología del continente.

Dos de los cinco autores de este número se dedican a la cuestión de qué importancia concedían los jesuitas a la música en la celebración de las grandes fiestas litúrgicas. Sin embargo, nos conducen a contextos muy distintos: Laura Fahrenkrog a Asunción, e Iván Lucero a las misiones de Maynas.

Asunción fue fundada en 1536 por Domingo Martínez de Irala, en un proceso de entendimiento relativamente pacífico con los guaraníes que habitaban la región. Desde sus inicios fue concebida como un asentamiento mestizo y bilingüe. El día oficial de fundación es el 15 de agosto de 1537, festividad de la Asunción de María, cuando Juan de Salazar y Espinoza comenzó la construcción de una fortaleza en una curva del río Paraguay. Desde 1541 vivieron allí franciscanos que intentaron actuar con intenciones cristianas dentro de la joven sociedad mixta de la ciudad y sus alrededores.

Fue el hermano Luis de Bolaños quien, desde 1575, fue más allá y, junto con Fray Alonso de Buenaventura, se propuso la misión entre los guaraníes del interior. Bolaños, nacido en Marchena en 1549, estudió la lengua guaraní, compiló su vocabulario y gramática, y tradujo a esta lengua el catecismo del III Concilio Provincial de Lima (1582/83), impreso en 1584 en Perú en español, quechua y aimara. En 1603, un sínodo diocesano en Asunción declaró la traducción de Bolaños como base oficial para la catequesis entre los guaraníes.

la tecnología del arte considerando la contribución de los jesuitas alemanes», llevado a cabo en la Universidad Técnica de Múnich, en la Cátedra de Restauración, Tecnología del Arte y Ciencias de la Conservación (2015-2019), se analizaron la organización de los talleres misionales, el personal que trabajaba en ellos, así como los materiales empleados y las técnicas artísticas utilizadas. Para ello, se estudiaron y documentaron aproximadamente doscientas esculturas en Paraguay y también en Brasil; paralelamente, se realizaron investigaciones en archivos de Buenos Aires, Asunción, Sevilla, Madrid y Roma. Los resultados fueron publicados en: Emmerling, E. y Gramatke, C. (eds.), «Die polychromen Holzskulpturen der jesuitischen Reduktionen in Paracuaria, 1609–1767». *Kunsttechnologische Untersuchungen unter Berücksichtigung des Beitrags deutscher Jesuiten*, vols. 1 y 2, Siegl, Múnich, 2019. Otras publicaciones de Gramatke sobre este tema son: Brandt, J. Gramatke, C. und Wagner, I., «The Polychrome Wooden Sculptures of the Jesuit Reductions In Paraguay: A Technical Study», eds. Haack Christensen, A. y Jager, A., *Trading Paintings and Painters' Materials, 1550–1800*, CATS Proceedings, IV, 2018, Archetype Publications, London, 2019 (pp. 149-162); Gramatke, Corinna, «“America and Europe, joining hands for the benefit of all”- José Sánchez Labrador S.J. (1717-1798) and the Materiality of the polychrome wooden sculptures of the Jesuit Guarani-Missions in Paraguay», eds. Siracusano, G. y Rodríguez Romero, A., *Materia Americana. The “body” of Spanish American images (16th to mid-19th centuries)*, Buenos Aires, 2020 (pp. 271-283); Gramatke, Corinna, «The creation of a new spiritual and temporal space. Transfer of material culture and knowledge to Guarani-Jesuit reductions in the 17th and 18th centuries», *Quinto Sol*, Instituto de Estudios Socio-Históricos, Facultad de Ciencias Humanas-UNLPam, Argentina, 2023 (pp. 1-27); Gramatke, Corinna, «“Llamanlos: santo apohara, los que hazen santos” Las tallas policromadas de las reducciones guarani-jesuíticas de Paraguay (1609-1768)», ed. Contreras-Guerrero, Adrián, *El arte de las escultura en América del sur, siglos XVI-XIX*, Silex, Madrid, 2024 (pp. 509-548).

Bolaños es considerado el fundador de las “reducciones”. En 1580 logró establecer con varios cientos de indígenas el asentamiento de Los Altos, al este de Asunción. En 1585 fundó Itá y poco después Yaguarón, cuya iglesia de época misional aún se conserva. Más tarde fundó San José de Caazapá y en 1612 la reducción de Yuti. Desde 1615 trabajó al sur del Paraná y murió en 1629 en Buenos Aires. Con su carisma franciscano —sencillo y sincero como los guaraníes, vinculado a la naturaleza, sin interés por riquezas— recorrió el país, visitó a los indígenas en sus chozas, compartió con ellos la comida sencilla y se esforzó por conocerlos por su nombre. Ganó sus corazones con amor —y con música, que los atraía irresistiblemente.

Entre 1598 y 1617, Hernando Arias de Saavedra (“Hernandarias”) fue gobernador de Paraguay. Como criollo, se preocupó especialmente por el bienestar de los guaraníes. Con su apoyo, en 1607 llegaron los primeros jesuitas desde Perú a Asunción, donde fundaron la nueva provincia jesuítica de Paraquaria. Su método misional se basó en el modelo de reducciones desarrollado por Bolaños, pero fue innovador en cuanto se distanció estrictamente de la sociedad colonial. Los colonos europeos no tenían acceso a los pueblos misionales jesuíticos, que se construyeron a lo largo del siglo XVII a ambos lados del río Paraná y hasta el río Uruguay junto con los guaraníes.

Laura Fahrenkrog estudia en su trabajo las costumbres ceremoniales de aquella época en Asunción. No había allí capillas musicales establecidas; el cabildo contrataba músicos de las misiones cercanas, principalmente de pueblos franciscanos. Los jesuitas tenían una posición difícil en la ciudad debido a su actitud crítica hacia los encomenderos, y fueron expulsados varias veces, aunque contaron con la solidaridad de otras órdenes, especialmente los mercedarios. Más tarde, especialmente en el siglo XVIII, la cultura festiva urbana se benefició de las habilidades musicales de guaraníes provenientes de las reducciones jesuíticas; algunos incluso habían recibido formación en composición en Córdoba.

Muy distinta era la situación en las misiones de Maynas estudiadas por Iván Lucero. Grandes distancias con las ciudades, caminos difíciles, peligros por rápidos y cascadas, diversidad de pueblos indígenas, riesgo constante de incendios en el clima tropical para las construcciones de madera: todo esto dificultaba el desarrollo continuo en la región. Sin embargo, ya en los años 1659 a 1661 hubo procesiones en Xeberos durante la festividad de la Inmaculada Concepción, el Viernes Santo, el Domingo de Pascua y el Corpus Christi, en un lugar donde, según Francisco de Figueroa, poco antes solo se celebraban fiestas guerreras con violencia, muerte y victoria.

Setenta y siete años después, Pablo Maroni describe iglesias bien arregladas por los indígenas, los sacramentos administrados allí y las procesiones acompañadas de música. En 1754 llegaron a las misiones de Maynas 24 jesuitas de la asistencia alemana. Franz Xaver Veigl, miembro de este grupo y superior de misión entre 1762 y 1766, relata que las misas dominicales en Borja eran cantadas y acompañadas por arpas, laúdes, violines y un coro en honor del Santísimo. Franz Niclutsch describe danzas al estilo del rey David durante la procesión de Corpus Christi en su misión en el río Napo, y menciona instrumentos típicos como tambores pequeños y flautas de caña de azúcar. En algunos pueblos se podían construir arpas y violines. El padre Bernhard Zurmühlen compuso misas y formó jóvenes en su misión La Laguna que podían cantarlas a tres voces. Aunque

no se han conservado partituras, en Maynas no había liturgia sin música. Los misioneros lo comprendieron: música y danza correspondían a las inclinaciones naturales de los indígenas, quienes así se sentían atraídos hacia la liturgia y el arte.

Una contribución más se ocupa del significado del arte en la transmisión de la fe cristiana, Gauvin Bailey y Fernando Guzmán muestran una evolución en Chile que fue diferente. Allí, durante el siglo XVIII, trabajaron numerosos artesanos del sur de Alemania como coadjutores jesuitas. A través de ellos, se introdujo un ideal barroco diferente en las iglesias del país. Estas ya no se centraban en grandes retablos con múltiples nichos para esculturas individuales, sino que se dirigía la atención hacia una gran pintura o una figura única en el centro del altar, generalmente con un atributo característico. Las paredes del altar ya no se recubrían con láminas doradas, sino que se marmolaban.

Bailey y Guzmán atribuyen este cambio de tradición a una serie de jesuitas de Europa Central que trabajaron en Chile, comenzando con Johann Bitterich, quien llegó en 1718 tras haber trabajado en Bamberg y Pommersfelden para el obispo Lothar Franz von Schönborn (1694–1729), y falleció en Chile el 31 de diciembre de 1720. No obstante, dejó numerosas obras de arte en Chile; se le atribuyen con gran probabilidad figuras de san Joaquín y santa Ana. Le siguieron rápidamente Peter Vogel (†1768), Michael Herre (†1743), Adam Engelhart (†1748) y Anton Miller (†1754). Sus obras se encuentran en Bucalemu, Concepción, Achao (Chiloé), Calera de Tango, Santiago, Mendoza y otros lugares.

El padre Karl Haimhausen, que llegó a Chile en 1724 junto con Engelhart y Miller, impulsó esta evolución al traer en 1748, como procurador de la provincia jesuítica, a 18 “operarios” de diversos oficios desde Baviera. En 1754 llegó otro grupo de 12 hermanos alemanes bajo la tutela del procurador Balthasar Hueber. Entre ellos estaban el cantero y escultor Jakob Kelner († después de 1773), el ebanista Franz-Xaver Grueber († después de 1773), el arquitecto y maestro de obras Johannes Hagen (†1786), y los orfebres Johann Joseph Köhler (†1788) y Franz Pöllants (†1791). Crearon obras destacadas, modernas y a la altura de su tiempo, en una transición del rococó al clasicismo europeo.

Podrían haber sido muchos más, como lo indican sus fechas de fallecimiento, si no hubieran sido afectados por la expulsión de América en 1767/68. Entre ellos estaba originalmente el flamenco Georg Lanz, quien dejó la Compañía de Jesús en 1751, pero llegó a ser maestro de obras de Santiago, donde trabajó al menos hasta 1771 y dejó una obra maestra en la iglesia de los mercedarios. Artesanos locales como Julián Baldovinos, Ambrosio Santelices e Ignacio Andía y Varela continuaron el estilo “alemán” hasta principios del siglo XIX. Sin embargo, la religiosidad popular impuso límites a una recepción más amplia fuera de las élites chilenas, pues se aferraba al estilo tradicional en las figuras de Cristo, María y los santos (“hechura de Quito”, con vestimenta, cabello natural, etc.).

Además de la música y el arte, también la vida religiosa y litúrgica en las iglesias jesuíticas de América fue objeto del simposio en Viena y ahora en este texto que ofrece María Cristina Osswald con una visión profunda de su diversidad en Brasil.

Primero, la autora expone la piedad cristológica. Para ello se basa en ciclos iconográficos en iglesias o en espacios específicos de los colegios (por ejemplo, en los refectorios: representaciones de la Última Cena), en las diversas escenas de la Pasión

para las procesiones de Semana Santa, en la organización de las estaciones de las procesiones sacramentales o en los motivos de las peregrinaciones en torno a los asentamientos jesuíticos en Brasil.

Luego aborda la piedad mariana. Al parecer, durante el período en que Brasil pertenecía a Portugal, existían 94 versiones distintas de invocación y veneración de la Virgen María. La mayoría eran conocidas también en Europa; otras, sin embargo, tenían un origen local o se debían a circunstancias históricas específicas, como “Nossa Senhora da Vitória”, relacionada con la expulsión de una expedición francesa comandada por La Ravadière de Saint Louis (São Luís, Maranhão) en 1614, o “Nossa Senhora da Paz”, que se volvió popular tras la larga ocupación del noreste brasileño por los holandeses (1630–1654). En 1646, pocos años después de la liberación de la unión personal de Portugal con España, el rey João VI declaró a “Nossa Senhora da Conceição” como patrona de Portugal y de su imperio.

También fue muy popular en Brasil una imagen mariana en la sacristía de la iglesia jesuítica de Salvador da Bahia; se creía que el padre Inácio de Azevedo la llevaba consigo cuando, el 15 de julio de 1570, su barco fue capturado por corsarios franceses cerca de la isla canaria de La Palma, y él, junto con 39 compañeros, fue arrojado al mar y asesinado.

Respecto al culto a los santos, Cristina Osswald hace observaciones muy interesantes, como la existencia de paralelismos entre el dúo de los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, y los primeros santos de la Compañía de Jesús, Ignacio y Francisco Javier. Pablo, el misionero y apóstol de los pueblos, fue el patrón de la segunda fundación jesuítica en Brasil: São Paulo (1554). Francisco Javier, canonizado junto con Ignacio en 1622, fue elegido patrón de iglesias en Brasil con mayor frecuencia que Ignacio. La gran veneración por santa Úrsula y sus 11.000 compañeras es compartida por Brasil y Portugal. En 1147, en Lisboa, los musulmanes capitularon ante los cruzados cristianos el día de santa Úrsula, el 21 de octubre, tras meses de resistencia. Por una razón similar, san Sebastián fue elegido patrón de Río de Janeiro: el 20 de enero de 1565, día de san Sebastián, los portugueses lograron expulsar a los franceses de la bahía de Guanabara.

En resumen, la autora identifica cuatro elementos que favorecieron la expansión del culto a los santos en Brasil:

- El desarrollo religioso de la Iglesia católica bajo la influencia del Concilio de Trento.
- La historia de los jesuitas.
- La religiosidad portuguesa.
- La lucha confesional contra el protestantismo, en forma de los hugonotes franceses y los calvinistas holandeses.

Finalmente, Rodrigo Moreno presenta los logros cartográficos de los jesuitas en el sur de Chile. En la era de la navegación, la cartografía era una ciencia de gran importancia política. Los misioneros jesuitas, en los límites de la expansión europea, fueron a menudo los primeros en poder hacerse una idea de las condiciones regionales. Pero también entendían la cartografía como arte. Esto se aprecia especialmente en la isla de Chiloé y su archipiélago, en el sur de Chile, que los jesuitas visitaron por primera vez en 1608 y que marcaron profundamente durante los siguientes 160 años. Su labor

misional generó una profunda relación emocional con la tierra y sus habitantes. La estética de sus mapas lo deja sentir, en especial, la obra de los padres Michael Meyer (1715-1786) y Melchior Strasser (1711-1779), quienes dejaron testimonio geográfico de la misión circular de Chiloé de 1757 y 1758.

De igual forma, el aporte cartográfico del padre Bernhard Havestadt (1714-1781), desde la región del Maule hasta la región de los Ríos, gracias a su travesía misionera realizada en la primera de 1751 y el verano de 1752, es otro testimonio de como los mapas misioneros fueron otra forma de expresión artística que se convirtieron en un legado y tesoro patrimonial para las generaciones futuras.